

Sarah Dessen

*Una
canción
para ti*

Traducción:
ELENA ABÓS

MAEVA  young

JUNIO

CAPÍTULO 1

La canción se llama *Canción de cuna*. La habré oído, no sé, más o menos un millón de veces. Más o menos.

Durante toda mi vida me han contado cómo la compuso mi padre el día en que nació. Estaba de gira en algún lugar de Texas, ya separado de mi madre. Según dicen, se enteró de mi nacimiento, se sentó con su guitarra y la escribió, allí mismo, en un motel barato. Una hora de su tiempo, unos cuantos acordes, dos estrofas y un estribillo. Llevaba toda la vida componiendo música, pero al final fue la única canción por la que sería famoso. Incluso ahora que estaba muerto, era un artista de un solo éxito. O dos, supongo, si me cuento a mí.

Ahora sonaba la canción mientras yo estaba sentada en una silla de plástico en el concesionario de coches, en la primera semana de junio. Hacía calor, por todas partes brotaban las flores y ya era prácticamente verano. Lo que quería decir, claro, que a mi madre le tocaba volver a casarse.

Era su cuarto matrimonio; quinto, si contamos a mi padre. Yo prefiero no hacerlo. Pero para ella estuvieron casados, si es que una unión en medio del desierto oficiada por alguien al que habían conocido en un área de descanso unos minutos antes cuenta como matrimonio. A mi madre le parece que sí. Pero claro, ella cambia de

marido como otros cambian de color de pelo: por aburrimiento, apatía o por la sensación de que el próximo lo arreglará todo, de una vez para siempre. Cuando era más pequeña, si le preguntaba sobre mi padre y cómo se habían conocido, cuando todavía sentía curiosidad, ella suspiraba, hacía un gesto con la mano y decía: «Oh, Remy, eran los años setenta. Ya sabes».

Mi madre cree que lo sé todo. Pero se equivoca. De los setenta solo sabía lo que había aprendido en el colegio y en la tele, en el History Channel: Vietnam, el presidente Carter, la música disco. Y lo único que conocía de mi padre, en realidad, era *Canción de cuna*. Llevaba toda la vida oyéndola como música de fondo de anuncios y películas, en bodas, dedicada en los programas de radio. Puede que mi padre ya no esté, pero la canción –pasteñera, estúpida e insípida– sigue viva. Al final me sobrevivirá incluso a mí.

Fue en mitad del segundo estribillo cuando Don Davis, de Automóviles Don Davis, asomó la cabeza por la puerta de la oficina y me vio.

–Remy, cariño, siento haberte hecho esperar. Pasa.

Me levanté y lo seguí. Dentro de ocho días Don pasaría a ser mi padrastro, entrando a formar parte de un grupo no muy selecto. Era el primer vendedor de coches, el segundo géminis y el único con dinero propio. Mi madre y él se conocieron aquí mismo, en su oficina, cuando vinimos a comprarle un Camry nuevo. Yo la había acompañado porque conozco a mi madre: pagaría el precio del cartel, pensando que era fijo, como si estuviera comprando naranjas o papel higiénico en el supermercado, y

por supuesto nadie se lo impediría, porque mi madre es bastante conocida y todos piensan que es rica.

Nuestro primer vendedor parecía recién salido de la universidad y estuvo a punto de darle un ataque cuando mi madre se acercó a un modelo nuevo con todos los extras y metió dentro la cabeza para aspirar una bocanada de ese olor a coche nuevo. Aspiró hondo, sonrió y anunció: «¡Me lo llevo!», con su teatralidad característica.

–Mamá –dije, intentando no apretar los dientes. Pero ella tenía que hacer las cosas a su manera. Había venido aleccionándola todo el camino, con instrucciones específicas sobre qué decir, cómo comportarse, todo lo que debíamos hacer para lograr un buen precio. Ella decía una y otra vez que me estaba escuchando, aunque no dejaba de enredar con las salidas del aire acondicionado y de jugar con las ventanillas automáticas de mi coche. Juro que esa fue la verdadera razón de esa fiebre por un coche nuevo: que yo acababa de comprarme uno.

Así que cuando metió la pata, me tocó a mí hacerme cargo. Empecé a hacerle preguntas directas al vendedor, que se puso nervioso. No dejaba de mirar por encima de mí, hacia ella, como si yo fuera una especie de perro de presa entrenado y ella pudiera lograr fácilmente que me sentara. Ya estoy acostumbrada. Pero justo cuando ya no sabía dónde meterse, nos interrumpió el propio Don Davis, que se ocupó de llevarnos a su oficina y enamorarse de mi madre en cuestión de quince minutos. Allí estaban ellos lanzándose miraditas mientras yo le regateaba tres mil dólares y conseguía que me regalara un seguro de mantenimiento, una capa selladora y un cambiador para el reproductor de CD. Seguramente fue

la mayor ganga en la historia de Toyota, aunque nadie se diese cuenta. Simplemente se supone que yo me encargo de todo, sea lo que sea, porque soy la mánager de mi madre, su terapeuta, su manitas y, ahora, su organizadora de bodas. Menuda suerte que tengo.

–Bueno, Remy –dijo Don cuando nos sentamos, él en su gran trono de cuero tras el escritorio, yo en la silla justo lo bastante incómoda como para acelerar las ventas, enfrente. En el concesionario, cada detalle estaba pensado para lavarle el cerebro a los clientes. Como esos memorandos para los vendedores animándolos a hacer buenos descuentos que dejan «tirados» a la ligera, para que los leas, y la disposición de los despachos, para que puedas «oír casualmente» cómo el vendedor le ruega a su superior que le deje hacerte una buena oferta. Además, la ventana que estaba enfrente de mí se abría a la parte del aparcamiento donde la gente recogía sus coches nuevos. Cada pocos minutos, uno de los vendedores acompañaba a alguien al centro de la ventana, les entregaba las relucientes llaves nuevas y sonreía con benevolencia mientras los propietarios se alejaban hacia la puesta de sol, justo como en los anuncios. Qué montón de estupideces.

Don se removió en su asiento, ajustándose la corbata. Era un tipo corpulento, con un estómago voluminoso y una ligera calvicie: te hacía pensar en el término «blandengue». Pero adoraba a mi madre, el pobrecillo.

–¿Qué quieres de mí hoy?

–A ver –dije mientras sacaba del bolsillo trasero la lista que había traído–. Volví a llamar al sitio del esmoquin y te esperan esta semana para la prueba final. La lista para

la cena de ensayo está más o menos decidida en setenta y cinco, y el del *catering* necesita un cheque por el resto del depósito para el lunes.

–De acuerdo. –Abrió un cajón, tomó el archivador de cuero donde guardaba su chequera y sacó una pluma del bolsillo de la chaqueta–. ¿Cuánto para el *catering*?

Bajé la vista al papel, tragué saliva y dije:

–Cinco mil.

Asintió y comenzó a escribir. Para Don, cinco mil dólares no era dinero, prácticamente. Esta boda iba a costarle veintipico mil, y tampoco parecía perturbarlo. Si sumamos las obras que habíamos hecho en casa para que pudiéramos vivir todos juntos como una familia feliz, más la deuda que le había perdonado a mi hermano por su camioneta, más el coste diario de vivir con mi madre, estaba haciendo una inversión considerable. Pero claro, era su primera boda, su primer matrimonio. Era un novato. Mi familia, en cambio, era profesional desde hacía mucho tiempo.

Arrancó el cheque, lo deslizó sobre el escritorio y sonrió.

–¿Qué más? –me preguntó.

Volví a consultar la lista.

–Bueno, solo el grupo de música, creo. Los del salón de bodas me han preguntado...

–Está controlado –dijo, con un gesto de la mano–. Estarán allí. Dile a tu madre que no se preocupe.

Sonreí al oír aquello porque era lo que él esperaba, pero los dos sabíamos que ella no se preocupaba en absoluto por la boda. Había elegido el vestido y las flores, y luego me había endilgado el resto a mí, alegando

que necesitaba cada segundo libre para trabajar en su última novela. Pero la verdad era que mi madre odiaba los detalles. Le encantaba zambullirse en nuevos proyectos, se dedicaba a ellos durante unos diez minutos y luego perdía el interés. Por toda la casa había montoncitos de cosas que en algún momento le habían llamado la atención: kits de aromaterapia, programas de *software* para elaborar árboles genealógicos, pilas de libros de cocina japonesa, un acuario con cuatro paredes cubiertas de algas y un único superviviente, un pez blanco y gordo que se había comido a todos los demás.

La mayoría achacaba el comportamiento errático de mi madre al hecho de que era escritora, como si eso lo explicase todo. Para mí, no era más que una excusa. Vamos, que los neurocirujanos también pueden estar locos, pero eso a nadie le parece bien. Afortunadamente para mi madre, soy la única que tiene esta opinión.

—¡Es tan pronto! —exclamó Don, dando golpecitos con el dedo sobre el calendario—. ¿Te lo puedes creer?

—No —dije yo, preguntándome qué habría dicho en la primera parte de la frase. Añadí—: Es increíble.

Me sonrió y volvió a bajar la vista hacia el calendario, donde había marcado el día de la boda, el 10 de junio, trazando varios círculos a su alrededor con tinta de distintos colores. No se le podía reprochar que estuviera ilusionado. Don tenía esa edad en la que todos sus amigos habían perdido la esperanza de que se casara, hasta que conoció a mi madre. En los últimos quince años había vivido solo en un piso junto a la autopista y pasaba todas las horas del día vendiendo más toyotas que cualquier otra

persona del estado. Y ahora, dentro de nueve días, iba a tener no solo a Barbara Starr, célebre autora de novela rosa, sino también, en el mismo lote, a mi hermano Chris y a mí. Y se alegraba de ello. Desde luego que era increíble.

Justo entonces sonó el interfono de su escritorio, muy fuerte, y se oyó la voz de una mujer.

–Don, Jason tiene a punto un ocho cincuenta y siete, necesita hablar contigo. ¿Te los mando?

Don me lanzó una mirada, y luego apretó el botón y dijo:

–Claro. Dame cinco segundos.

–¿Ocho cincuenta y siete? –pregunté.

–Es el código del concesionario –respondió con soltura, mientras se levantaba. Se alisó el cabello para tapar la pequeña calva, que yo solo le veía cuando estaba sentado. A su espalda, al otro lado de la ventana, un vendedor rubicundo le entregaba las llaves de su coche nuevo a una mujer con un niño pequeño. Ella las tomó mientras el niño le tironeaba de la falda, intentando llamar su atención. Su madre no pareció darse cuenta—. Odio tener que echarte, pero...

–Ya he terminado –le dije, metiéndome la lista de nuevo en el bolsillo.

–Te agradezco mucho todo lo que estás haciendo por nosotros, Remy –me dijo mientras rodeaba el escritorio. Me puso una mano en el hombro, estilo padre, e intenté no recordar a los padrastros anteriores que habían hecho lo mismo, con el mismo peso, y con el mismo significado. Los otros también creyeron que eran permanentes.

–No hay de qué –le dije mientras retiraba la mano y me abría la puerta. En el pasillo nos esperaba un vendedor, junto a lo que debía de ser ese ocho cincuenta y siete, el código para un cliente casi convencido, supongo: una mujer bajita aferrada a su bolso, que vestía una sudadera con un gatito bordado.

–Don –dijo el vendedor hábilmente–, te presento a Ruth. Estamos haciendo todo lo posible para ponerla al volante de un Corolla nuevo.

Ruth dirigió su mirada nerviosa de Don a mí, y de nuevo a Don.

–Yo solo... –balbució.

–Ruth, Ruth –intervino Don en tono tranquilizador–. Vamos a sentarnos todos un momento para ver qué podemos hacer por ti, ¿de acuerdo?

–Sí, eso –dijo el vendedor, dándole un ligero empujoncito hacia delante–. Solo vamos a hablar.

–De acuerdo –aceptó Ruth, algo insegura, y se dirigió a la oficina de Don. Al pasar a mi lado me lanzó una mirada, como si yo formara parte de aquello, y tuve que contenerme para no decirle que saliera corriendo, rápido, sin volver la vista atrás.

–Remy –añadió Don en voz baja, como si se hubiera dado cuenta–, luego te veo, ¿de acuerdo?

–Vale –les dije, y observé cómo entraba Ruth. El vendedor la condujo a la silla incómoda, de cara a la ventana. Ahora una pareja asiática se subía a su monovolumen nuevo. Los dos sonreían mientras se ajustaban los cinturones y admiraban el interior: la mujer bajó el retrovisor y comprobó su reflejo en el espejo. Los dos respiraron hondo, aspirando ese olor a coche nuevo, mientras el

marido introducía la llave en el contacto. Y se pusieron en marcha, despidiéndose con la mano de su vendedor al alejarse. Plano largo del atardecer.

—A ver, Ruth —comenzó Don, acomodándose en su silla. La puerta se estaba cerrando y apenas le veía la cara—. ¿Cómo podría darte una alegría?

Estaba a medio camino de la sala de exposición cuando recordé que mi madre me había pedido que por favor, por favor, le recordara a Don el cóctel de esa noche. Su nueva editora estaba en la ciudad, al parecer de paso desde Atlanta, y quería hacer una parada para socializar. En realidad, el verdadero motivo era que mi madre le debía una novela a la editorial y todos estaban empezando a ponerse un poco nerviosos al respecto.

Di media vuelta y recorrí el pasillo de nuevo en dirección a la oficina de Don. La puerta seguía cerrada y oía voces que murmuraban al otro lado.

El reloj de la pared opuesta era como los del colegio, con números grandes y negros y un segundero tembloroso. Ya era la una y cuarto. Un día después de mi graduación en el instituto y ahí estaba, ni de camino a la playa ni durmiendo la mona como todos los demás. Estaba haciendo recados para la boda, como una empleada, mientras mi madre seguía en su cama tamaño gigante Sealy Posturepedic, con las persianas bajadas, para lograr las horas de sueño que decía que necesitaba para su proceso creativo.

Y con eso bastó para notarla: esa quemazón que me hervía a fuego lento en el estómago y que sentía siempre

que me reconocía a mí misma cuánto se había inclinado la balanza a su favor. Sería resentimiento o lo que quedaba de mi úlcera, o tal vez las dos cosas. La música ambiental sonó más fuerte por encima de mi cabeza, como si alguien estuviera toqueteando el volumen, de forma que me estaban ametrallando con una versión de alguna canción de Barbra Streisand. Crucé una pierna sobre la otra y cerré los ojos, al tiempo que apretaba con los dedos los brazos de la silla. Unas semanas más de esto, me dije, y luego me largo.

Justo entonces alguien se desplomó en la silla de mi izquierda y me lanzó contra la pared de un empujón; fue muy brusco y me golpeé el codo con la moldura, justo en el hueso de la risa. El latigazo hizo que sintiera un cosquilleo hasta la punta de los dedos. Y de pronto, por las buenas, estaba cabreada. Muy cabreada. Es increíble cómo un solo empujón basta para ponerte furiosa.

—Qué demonios —dije, separándome de la pared de golpe, lista para arrancarle la cabeza al estúpido vendedor que había decidido pegarse a mí. El codo todavía me zumbaba y noté cómo la sangre me subía por el cuello: mala señal. Conocía mi mal genio.

Volví la cabeza y vi que no era un vendedor. Era un chico con el pelo negro y rizado, más o menos de mi edad, con una camiseta de color naranja chillón. Y por alguna razón estaba sonriendo.

—Hola —dijo alegremente—. ¿Cómo va eso?

—¿Cuál es tu problema? —salté, frotándome el codo.

—¿Problema?

—Me acabas de estampar contra el muro, gilipollas.

Parpadeó.

–Dios mío –dijo al fin–. Menudo lenguaje.

Me lo quedé mirando. Mala suerte, chaval, pensé. Me has pillado en un mal día.

–La cuestión es –continuó, como si hubiéramos estado hablando del tiempo o de política internacional– que te he visto ahí en la sala. Yo estaba junto al expositor de neumáticos.

Estaba segura de estar taladrándolo con la mirada. Pero él seguía hablando.

–Y pensé, de repente, que teníamos algo en común. Una química natural, por así decirlo. Y noté que algo gordo iba a pasarnos. A los dos. Que tú y yo, de hecho, estábamos predestinados a estar juntos.

–Y todo esto –insistí, para aclarar las cosas–, ¿junto al expositor de neumáticos?

–¿Tú no lo notaste?

–No. Pero lo que sí he notado es que me has lanzado contra la pared –declaré tranquilamente.

–Eso –reconoció, bajando la voz y acercándose– ha sido un accidente. Un descuido. Simplemente un resultado desafortunado del entusiasmo que he sentido al saber que estaba a punto de hablar contigo.

Me lo quedé mirando. Sobre nuestras cabezas sonaba una versión animada del tema Automóviles Don Davis, con muchos repiques y tintineos.

–Vete de aquí –le dije.

Volvió a sonreír, pasándose una mano por el pelo. Sobre nosotros la música de fondo iba ganando en intensidad y el altavoz chasqueaba como si estuviera a punto de producirse un cortocircuito. Los dos levantamos la vista, y luego nos miramos.

–¿Sabes una cosa? –soltó, señalando el altavoz, que volvió a emitir un chasquido, esta vez más fuerte, y siseó antes de seguir con la canción a todo volumen–. A partir de ahora, para siempre –volvió a señalar con el dedo, levantándolo–, esta será nuestra canción.

–Uf, por Dios –dije, y justo entonces me salvé, aleluya, porque se abrió la puerta del despacho de Don y salió Ruth, precedida de su vendedor. Portaba un fajo de papeles y en su rostro cansado se veía esa expresión aturrida de alguien a quien acaban de despojar de miles de dólares. Pero tenía el llavero chapado en oro falso, todo suyo.

Me levanté y el chico se puso en pie de un salto a mi lado.

–Espera, solo quería...

–¿Don? –llamé, ignorándolo.

–Solo llévate esto –insistió el chico, mientras me cogía la mano. Antes de que pudiera reaccionar le dio la vuelta para poner la palma hacia arriba, sacó un bolígrafo del bolsillo trasero y se puso a escribirme en ella, sin coña, un nombre y un número de teléfono entre el índice y el pulgar.

–Estás trastornado –le dije, apartando la mano de un tirón, lo que hizo que los últimos números se corrieran y el bolígrafo se le cayera de la mano. Rebotó por el suelo y se metió bajo una máquina de chicles.

–¡Eh, Romeo! –gritó alguien desde el salón de exposición y se oyeron carcajadas–. ¡Venga tío, vámonos!

Levanté la vista hacia él, todavía incrédula. Hablando de no respetar el espacio personal. Les había tirado copas por encima a chicos por tan solo rozarme en un bar,

algo mucho menos inaceptable que agarrarme la mano e incluso escribir en ella.

Dirigió una mirada a su espalda y luego volvió a mirarme.

–Hasta pronto –dijo, y me sonrió.

–Ya te gustaría –contesté yo, pero ya se estaba marchando, sorteando la camioneta y el monovolumen en la sala. Salió por la puerta principal de cristal, donde una furgoneta blanca destartada estaba esperando en marcha junto a la acera. La puerta trasera se abrió y él se adelantó para subir, pero entonces la furgoneta dio un salto hacia adelante, lo que le hizo tropezar, antes de volver a detenerse. Suspiró, se metió las manos en los bolsillos, levantó la vista al cielo, volvió a agarrar el pica-orte y cuando iba a subir, el vehículo se puso de nuevo en movimiento, esta vez acompañado por el sonido del claxon. La secuencia se repitió varias veces por todo el aparcamiento, acompañada por las risitas de los vendedores, antes de que alguien sacara una mano por la puerta trasera y se la ofreciera, a lo que él no hizo caso. Los dedos de la mano se movieron, al principio ligeramente, luego con más energía, y por fin se agarró y se subió de un salto. La puerta se cerró de golpe, el claxon volvió a sonar y la camioneta abandonó traqueteando el aparcamiento, golpeándose el tubo de escape al salir.

Bajé la vista hacia mi mano, donde estaba escrito con tinta negra 933-54algoalgo, con una palabra debajo. Dios, menuda letra más descuidada tenía. Una D grande, un borrón en la última letra. Y qué nombre tan estúpido. Dexter.

Al llegar a casa, lo primero que noté fue la música clásica que se elevaba y llenaba la casa de oboes gimientes y ligeros violines. Después el olor de las velas, vainilla, con el toque justo de dulzura para hacerte arrugar la nariz. Y, por último, la pista definitiva, un rastro de bolas de papel diseminadas como migas de pan desde la entrada, a través de la cocina, hasta el porche.

Gracias a Dios, pensé. Está escribiendo otra vez.

Dejé las llaves en la mesa junto a la puerta, me incliné para recoger una bola de papel que estaba junto a mis pies, y la desplegué de camino a la cocina. Mi madre era muy supersticiosa con su trabajo, y solo usaba la vieja máquina de escribir que había arrastrado por todo el país cuando escribía artículos de música como colaboradora de un periódico de San Francisco. Hacía mucho ruido, cada vez que llegaba al final de una línea sonaba una campanilla y parecía una reliquia del Lejano Oeste. También tenía un ordenador nuevo último modelo, pero solo lo usaba para hacer solitarios.

La página que tenía en la mano, con un 1 en la esquina superior derecha, comenzaba con el brío característico de mi madre:

Melanie siempre había sido la típica mujer a la que le gustan los retos. En su carrera, en sus amores, en su espíritu, vivía para encontrarse con algo a lo que enfrentarse, algo que pusiera a prueba su determinación, que le diera valor a la victoria. Al entrar en el hotel Plaza en un frío día de noviembre, se quitó la bufanda del pelo y se sacudió la lluvia. Encontrarse con Brock Dobbin no entraba en sus planes. No lo veía desde Praga, donde habían

dejado las cosas tan mal como las empezaron. Pero ahora, un año después, tan cerca de su boda, había vuelto a la ciudad. Y ella había venido a verlo. Y esta vez ganaría. Estaba

Estaba... ¿qué? Solo había un borrón de tinta tras esa palabra, que dejaba una estela hasta el final de la página, desde donde la habían arrancado de la máquina.

Seguí recogiendo papeles y fui haciendo una bola con ellos. No eran muy distintos. En uno el escenario era Los Ángeles en lugar de Nueva York, y en otro Brock Dobbin se llamaba Dock Brobbin, para luego recuperar el nombre inicial. Eran detalles, pero a mi madre siempre le costaba un poco coger el ritmo. Sin embargo, cuando lo hacía, menuda era. Había terminado su último libro en tres semanas y media, y era tan grueso que servía estupendamente como tope de puerta.

La música y el repiqueteo de la máquina de escribir fueron aumentando de volumen a medida que avanzaba hacia la cocina. Mi hermano Chris planchaba una camisa sobre la mesa, para lo que había colocado a un lado el salero, el pimentero y el servilletero.

–Hola –dijo, apartándose el pelo de la cara. La plancha siseó cuando la cogió y planchó el reborde del cuello de la camisa, apretando con fuerza.

–¿Cuánto tiempo lleva? –pregunté, mientras sacaba el cubo de la basura de debajo del fregadero y tiraba los papeles.

Se encogió de hombros, dejó salir algo de vapor y estiró los dedos.

–Calculo que un par de horas.

Miré por encima de él, a través del comedor hasta el porche, donde vi a mi madre encorvada sobre la máquina de escribir, con una vela a su lado, martilleando. Siempre me parecía raro mirarla. Daba verdaderos golpes a las teclas, impulsándose con todo el cuerpo, como si no pudiera expulsar las palabras lo bastante rápido. Era capaz de seguir durante horas, y terminaría con calambres en los dedos, dolor de espalda y unas buenas cincuenta páginas, que probablemente bastarían para contentar a su editora de Nueva York por el momento.

Me senté a la mesa y ojeé una pila de correo que estaba junto al cuenco de la fruta mientras Chris le daba la vuelta a la camisa y avanzaba despacio con la plancha alrededor de un puño. Planchaba muy despacio, hasta el punto de que más de una vez le había quitado la plancha de las manos, incapaz de soportar cuánto tardaba en alisar solo el cuello. Si hay una cosa que todavía soporto menos que ver cómo algo se hace mal, es ver cómo se hace despacio.

—¿Algo especial esta noche? —le pregunté. Ahora estaba agachado sobre la camisa, totalmente concentrado en el bolsillo.

—Jennifer Anne da una cena —contestó—. Es elegante pero informal.

—¿Elegante pero informal?

—Quiere decir —dijo despacio, todavía concentrado—, que nada de vaqueros, pero tampoco chaqueta de vestir. La corbata es opcional. Ese tipo de cosas.

Levanté la vista al cielo. Hacía seis meses, mi hermano no habría sido capaz de definir elegante, y mucho menos informal. Hacía diez meses, el día de su veintiún

cumpleaños, lo habían detenido en una fiesta por vender costo. No había sido su primer encontronazo con la ley, ni mucho menos: en el instituto lo arrestaron varias veces por allanamiento de morada (llegó a un acuerdo con la acusación), una por conducir borracho (desestimada) y una por posesión de sustancia controlada (servicios comunitarios y una buena multa, pero se libró por los pelos). Sin embargo, aquella detención en la fiesta lo remató y tuvo que cumplir condena. Solo tres meses, pero el susto bastó para llevarlo por el buen camino y buscarse trabajo en el taller de coches Jiffy Lube, donde había conocido a Jennifer Anne cuando ella llevó su Saturn a la revisión de las treinta mil millas.

Jennifer Anne era lo que mi madre denominaba «una buena pieza», lo que quería decir que ninguna de las dos la asustábamos y no le importaba que lo supiéramos. Era una chica menuda con una melena rubia abultada, más lista que el hambre (aunque nos costara reconocerlo) y había logrado en seis meses con mi hermano más que nosotras en veintiún años. Había conseguido que vistiera mejor, trabajara con más empeño y hablara con propiedad, incluso usando palabras nuevas y extravagantes, como *networking*, *multitasking* y «elegante pero informal». Trabajaba de recepcionista en una clínica, pero se hacía llamar «especialista en oficinas». Jennifer Anne era capaz de hacer que cualquier cosa sonara mejor de lo que era. Hace poco la había oído describir el trabajo de Chris como un «experto en lubricación automotriz multinivel», con lo que trabajar en el taller de coches equivalía casi a ser director de la NASA.

Chris levantó la camisa de la mesa y la sostuvo en alto, sacudiéndola ligeramente mientras la campanilla de la máquina de escribir volvía a tintinear en el porche.

–¿Qué te parece?

–Está bien –dijo–. Pero te has dejado una arruga grande en la manga derecha.

La miró y suspiró.

–Es tan difícil –dijo, colocándola de nuevo en la mesa–. No entiendo por qué la gente se toma la molestia.

–Yo no entiendo por qué te la tomas tú –observé–. ¿Desde cuándo tienes que ir sin arrugas, vamos a ver? Antes, si llevabas pantalones ya te parecía que ibas arreglado.

–Muy graciosa –dijo haciéndome una mueca–. De todas formas, no lo entenderías.

–Sí, claro. Perdona usted, empollón. Se me había olvidado que tú eras el listo.

Estiró la camisa sin mirarme.

–Lo que quiero decir –dijo hablando despacio–, es que hay que saber lo que es querer hacer algo por otra persona. Por consideración. Por amor.

–¡Oh, Dios! –exclamé.

–Exacto. –Volvió a coger la camisa. La arruga todavía seguía allí, pero no iba a decírselo–. Eso es justamente a lo que me refiero. Compasión. Relaciones. Dos cosas de las que, tristemente, careces.

–Pero si soy la reina de las relaciones –protesté indignada–. Y además, oye, acabo de pasarme toda la mañana organizando la boda de mamá. Lo que ha sido jodidamente considerado por mi parte.

–Tú –continuó, doblando la camisa cuidadosamente sobre el brazo, estilo camarero–, todavía no has vivido ningún tipo de relación seria...

–¿Qué?

–Y con todo lo que te has quejado y has criticado la boda, a duras penas podríamos llamarte considerada.

Me quedé callada, mirándolo. Últimamente era imposible razonar con él. Era como si una secta religiosa le hubiera lavado el cerebro.

–¿Quién eres tú? –le pregunté.

–Lo único que digo –contestó con calma–, es que soy muy feliz. Y me gustaría que tú también lo fueras. Como yo.

–Soy feliz –respondí, y lo decía en serio, aunque soné amargada porque estaba muy irritada–. Es verdad –añadí en un tono más tranquilo.

Se acercó y me dio un golpecito en el hombro, como si él tuviera razón.

–Hasta luego –dijo. Dio media vuelta y subió las escaleras de la cocina hacia su habitación. Lo observé marcharse, con su camisa todavía arrugada, y me di cuenta de que estaba apretando los dientes, algo que últimamente me descubría haciendo a menudo.

¡Ping!, hizo la máquina de escribir, y mi madre comenzó otra línea. Seguramente Melanie y Brock Dobbin irían ya camino del desastre amoroso, por lo que parecía. Las novelas de mi madre eran de un romanticismo exaltado, se desarrollaban en varios lugares exóticos, con personajes que lo tenían todo y a la vez nada. Riqueza y pobreza de corazón. Cosas por el estilo.

Me acerqué a la entrada del porche, con cuidado de no hacer ruido, y la observé. Cuando escribía parecía estar en otro mundo, ajena a nosotros: incluso cuando éramos pequeños y llorábamos o chillábamos, ella solo levantaba la mano desde donde estuviera sentada, de espaldas a nosotros, todavía tecleando, y decía: «Shhhhhh». Como si aquello bastara para hacernos callar, permitiendo que nos asomáramos al mundo en el que estuviera en aquel momento, el hotel Plaza o una playa de Capri, donde una mujer exquisitamente vestida suspiraba por un hombre que estaba segura de haber perdido para siempre.

Cuando Chris y yo estábamos en la escuela primaria, mi madre no tenía ni un duro. Solo publicaba algún artículo, e incluso eso cada vez menos, pues los grupos sobre los que escribía, como el de mi padre, eran todos de los años setenta, lo que ahora llaman «rock clásico», y comenzaron a decaer o a dejar de sonar en la radio. Consiguió un trabajo dando clases de narrativa en la escuela local de educación superior, que no le pagaba prácticamente nada, y vivimos en una serie de bloques horribles, todos con nombres como Bosque de Pinos y Colonia del Lago, donde no se veían ni lagos ni pinos ni bosques por ningún sitio. En aquella época escribía sobre la mesa de la cocina, normalmente a última hora de la tarde o por la noche, y a veces a mediodía. Incluso entonces, sus historias eran exóticas; siempre se llevaba los folletos gratuitos de las agencias de viajes y rescataba la revista *Gourmet* de los montones del centro de reciclaje como material de investigación. Mientras que a mi hermano lo llamó Christopher por su santo favorito, mi

nombre se lo inspiró una marca muy cara de coñac que había visto en un anuncio de *Harper's Bazaar*. No importaba que nosotros sobreviviéramos a base de macarrones con queso mientras sus personajes preferían champán Cristal y caviar, y vestían pantalones de Dior, y nosotros comprábamos en tiendas de segunda mano. A mi madre siempre le gustó el *glamour*, aunque nunca lo hubiera visto de cerca.

Chris y yo la interrumpíamos constantemente mientras trabajaba, lo que la sacaba de quicio. Por fin, en un mercadillo, encontró una de esas cortinas de largas cuerdas con cuentas, y la colocó en el dintel de la puerta de la cocina. Se convirtió en nuestro código: si la cortina estaba corrida hacia un lado, se podía entrar en la cocina; pero si colgaba sobre la entrada mi madre estaba trabajando y teníamos que buscarnos la comida y el entretenimiento en otro sitio.

Yo tenía unos seis años, y me encantaba quedarme allí de pie y pasar la punta de los dedos por las cuentas, viendo cómo se balanceaban y susurraban. Producían un sonido levísimo, como de campanillas. Podía mirar a través de ellas y ver a mi madre, pero parecía casi exótica, como una pitonisa o un hada, una hacedora de magia. Y es lo que era, precisamente, pero yo entonces no lo sabía.

Casi todo lo que quedaba de aquellos años lo habíamos perdido o regalado hacía mucho, pero la cortina de cuentas había hecho el viaje hasta la Nueva Casa Grande, como la llamamos cuando nos mudamos. Fue una de las primeras cosas que colgó mi madre, incluso antes que nuestras fotos del colegio o su reproducción favorita de Picasso en el salón. Había un clavo para poder apartarla

a un lado y ocultarla; ahora estaba echada. Un poco desgastada, pero todavía servía para cumplir su función. Me acerqué más y miré a mi madre. Seguía trabajando con afán, sus dedos volaban. Cerré los ojos y escuché. Era la música que había oído toda mi vida, incluso más que *Canción de cuna*. Todos esos golpes de tecla, esas letras, tantas palabras. Acaricié las cuentas con los dedos y vi cómo su imagen se ondulaba, como si estuviera sobre el agua, rompiéndose y titilando antes de volver a recomponerse.